

FERNANDO RODRÍGUEZ SERRES

# EL SUEÑO DEL ARABISTA

P. BOQUETA

el  
**PETIT**  
editor





### **FERNANDO RODRÍGUEZ SERRES**

Es profesor de historia en el IES Arabista Ribera de Carcaixent.

Lo ha sido durante los últimos treinta años y dedica esta novela a todas las personas que en él ha conocido. “Harían falta muchos libros como éste para agradecer todo lo que me habéis dado”.

También le gusta escribir y es autor de las novelas *Renacido* (Neopatria, 2017), *Diferente* (Neopatria, 2018), *Grandes* (Neopatria, 2019), *Enterrad mi corazón en la playa de Sete* (Neopatria, 2020) y *El tren de Harriet* (Neopatria, 2022).

# **EL SUEÑO DEL ARABISTA**

Fernando Rodríguez Serres

*Co*

**Colección Ciudad Oculta #22**



**EL SUEÑO DEL ARABISTA**  
*Colección Ciudad Oculta - 22*

- © *Del texto:* **Fernando Rodríguez Serres, 2024**  
© *De la portada e imagen interior:* **Pasqual Boqueta, 2024**  
© *De la imagen del autor:* **Bialcanet, 2024**  
© *De esta edición:* **David Vidal - El Petit Editor, 2024**  
**info@elpetiteditor.es**  
**www.elpetiteditor.es**

*Primera edición:* **mayo de 2024**

*Diseño y maquetación:* **Marc Martorell**  
*Corrección y ortotipografía:* **Blai Gilabert**  
*Producción impresa:* **Byprint**

*Depósito legal:* V-657-2024  
*ISBN:* 978-84-127834-9-0

© Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización de la editorial, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Podéis dirigiros a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitáis fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).



## 1. EL DESTINO ERA ÁFRICA

Un Land Rover Santana partió de Carcaixent un perplejo sábado veintinueve de abril de dos mil veintitrés, cuarto año de la era COVID. El destino era África, a más de ochocientos kilómetros de nosotros. Nos encontramos a las ocho de la mañana en la estatua de Julián Ribera que preside el Passeig y partimos después de un café bien cargado en el bar de la esquina. A las diez de la noche estábamos en un hotel de Ceuta, después de cruzar el estrecho en un ferry desde Algeciras. Estábamos tan cansados que no reparamos en que durante la cena nos robaron casi todo el vino de Jumilla que habíamos cargado en el viaje. Y la cosa no fue peor por la oportuna gestión de Mario, que negoció con nuestros ladrones y acabaron siendo los guardianes del vehículo, a cambio de un precio justo. Mis compañeros de viaje eran Halima, Salvador, Mario y Ariadna y yo me llamo Carlos.

Profesor de historia.

El Land Rover llegó a la hora acordada y los cuatro subimos casi sin tiempo de sopesar el alcance de nuestra locura. Del vehículo había descendido un hombre fibroso, extremadamente delgado, de una estatura mediana y unos ojillos pizpiretos que nos radiografiaron en un segundo.

-Hola, mi nombre es Mario y seré vuestro conductor hasta Xauen. Este es mi carro y yo dejaría mi vida en sus manos sin dudarle- aquella fue la primera de muchas frases para la historia que soltaría durante el viaje.

- ¿De verdad vamos a subir ahí? - exclamé en voz baja, antes de que Mario estuviese a nuestro lado y pudiera oírlo. De repente me sentí cansado, como si las horas de vigilia de muchos días me pesaran todas juntas. Últimamente me cuesta dormir y las series de Netflix se suceden como somníferos de urgencia.

-Estáis todos vacunados, ¿verdad? No sube nadie si no lo está, el bicho cabroncete sigue al acecho- todos asentimos.

- ¡No jodas que nos vamos a Marruecos montados en esta antigualla a lo Indiana Jones! Hace años que no los fabrican- esta vez lo dije sin miramientos, mientras subíamos, todos pudieron escucharlo.

-No os preocupéis- Mario nos fue dando la mano a la vez que pronunciaba esas palabras, menos a Ariadna, a la que prodigó un efusivo abrazo-, va de maravilla, cambié las ruedas y los frenos este invierno, eso es lo más importante. Lo demás va por inercia, tenemos el viento a favor. Llegaremos.

- ¿Y volveremos?

La pregunta de Salvador quedó sin respuesta y subimos al vehículo.

Dos semanas antes, cuando el despertador sonó, no podía imaginar que en unos días estaría viajando hacia Marruecos. Nunca había estado en África y tampoco me he sentido jamás atraído por el sur, siempre he mirado hacia el norte a la hora de planear mis viajes. París, Amsterdam, Oxford, Brujas, Gante, Munich, etc. ¿Qué hay en el sur que pueda interesarme? ¿Desiertos, selvas, miseria? Todo eso ya lo tenemos en los documentales de la dos. Poco tiempo después me estaba subiendo en un Land Rover en dirección a Ceuta. La culpa fue del arabista.

Aquel día el mensaje de Ariadna me pilló tomándome el café de la mañana, a punto de salir hacia el instituto.

-Buenos días, Heródoto- así es como ella me llama, no siempre-, ¿has leído lo que publica el Levante de hoy en la sección de La Ribera?

Eran las siete y veinte y no podía llegar tarde al centro, nos esperaba una jornada muy importante. El siguiente wasap llegó al minuto, no esperó mi respuesta.

-Me lo ha enviado Teresa, la de mate, a mi correo. Te lo reenvío, pero, por favor, no te lo tomes muy a pecho, no van a arruinar nuestra fiesta. Si te lo mando es porque estoy segura de que te enterarás en cuanto llegues al instituto y prefiero ser yo quien te lo diga. Abencuzman ataca de nuevo- esta vez el mensaje fue de voz y no consiguió su objetivo, no me tranquilizó en absoluto. Dejé el maletín en la mesa, me senté en una silla y abrí mi correo.

Se trataba de la reseña de un artículo, procedía de una revista especializada de historia y ocupaba toda una página. ¿Hacía falta toda una página? El título decía: “Julián Ribera, el desertor, tuvo una hija ilegítima en Marruecos”. Lo firmaba Abencuzman, como no. Primero lo leí rápido, pero después me fui deteniendo en cada uno de los párrafos. En síntesis, volvía a dejar muy mal parada la figura de nuestro sabio local y la reputación de la escuela arabista de su época. No era el primero. Ese profesor universitario se la tenía jurada a nuestro erudito. Pero en esta ocasión había ido demasiado lejos. ¿Una hija ilegítima en Marruecos?

El artículo volvía a hablar de los arabistas españoles, poniendo el acento en su abandono de la Junta de Ampliación de Estudios (la JAE), el Centro de Estudios Históricos (el CEH) y la Junta de Enseñanza de Marruecos. Todo eso ocurrió a partir de mil novecientos dieciséis. Era cierto. Después de una vida dedicada a la investigación y tras un esfuerzo continuo por ser útiles en la política colonial en Marruecos, ¿por qué se marcharon los arabistas?, ¿por qué abandonaron esas instituciones?



La JAE fue un ambicioso proyecto creado en mil novecientos siete, que intentó modernizar la ciencia y la investigación en nuestro país. Veníamos del desánimo del noventa y ocho y de un secular atraso a nivel cultural y científico y el gobierno liberal de entonces decidió tomar cartas en el asunto. Nuestro más insigne científico, el premio nobel Ramón y Cajal, fue el encargado de dirigirla y, para llevar la nave a buen puerto, se nombró como vocales a los más reputados intelectuales de la época en España. Julián Ribera fue uno de los elegidos, lo que demuestra su valía y el reconocimiento del que disfrutaba a nivel nacional. El CEH y la Junta de Enseñanza de Marruecos fueron organismos derivados de la JAE. El arabista también se marchó de ellos. Los dejó todos y permaneció en su cátedra hasta su jubilación voluntaria.

¿Por qué se fue Julián Ribera y con él los arabistas, sobre los que ejercía una suerte de liderazgo intelectual? Abencuzman lo tenía claro, fue una deserción en toda regla, los arabistas prefirieron volver a sus cátedras y pupitres y abandonaron el mayor esfuerzo innovador científico de la historia de España hasta ese momento. ¿Cuántas fuentes había consultado para llegar a semejante conclusión? ¿Cuántas hacen falta para conocer a un personaje de la talla de Julián Ribera? ¿Y para conocer a la persona? ¿Fue un cobarde realmente? ¿Se marchó en mil novecientos dieciséis de la primera línea intelectual y política para refugiarse en la retaguardia universitaria? Y la noticia bomba: la hija ilegítima. Abencuzman había encontrado una fuente indirecta que la mencionaba. Y un descendiente confirmaba que su hija Trinidad le habló de su existencia.

Cogí el maletín, me levanté de la silla, juré en arameo y me hice la firme promesa de olvidar ese aciago artículo. Como había dicho mi compañera, nada debía enturbiar la “Feria de las Naciones”, nuestra particular manera de poner en valor la diversidad de nuestras aulas. El arabista Julián Ribera Tarragó nació mediado el siglo XIX y murió dos años

antes de nuestra guerra incivil. Nació y murió en su ciudad, Carcaixent, después de una vida apasionante dedicada a enseñar y aprender. En el instituto que lleva su nombre estudian alumnos de treinta países, sus familias proceden del Maghreb, del este de Europa, de Latinoamérica, de Asia y de cualquier lugar del Mediterráneo, una riqueza cultural y humana que ese día celebramos y a veces olvidamos el resto del curso. Ser diferente es ser extraordinario, es nuestro mantra, pero gestionar la diversidad no es fácil. En nuestro centro se hablan decenas de idiomas, soñamos con distintas patrias y se reza de diferentes maneras. Seguramente al mismo Dios.

Aquel viernes, además, habíamos organizado un almuerzo intercultural y era el momento estrella de un proyecto interdisciplinar, "*Jo sóc de l'Arabista*", ese fue el título elegido, el lema de un esfuerzo de varios meses en pos de nuestra marca educativa, un proyecto que pretende realzar las señas de identidad del IES Arabista Ribera, a partir de la divulgación de la vida y la obra de la figura que nos da un nombre. ¿El arabista es nuestra identidad? Las familias de nuestros alumnos habían traído comidas y productos para compartir, platos procedentes de sus países de origen.

Yo formo parte del equipo que se ha encargado de rescatar su figura. El departamento de Geografía e Historia y el de Lenguas Clásicas del instituto nos responsabilizamos de la tarea, dar a conocer al gran hombre a la comunidad educativa, es decir, a las familias de los alumnos, a ellos y a todos los que aquí trabajamos, pero también fuera de las paredes del centro. Después de leer gran parte de su obra escrita, artículos, libros y discursos y lo que sobre él se ha dicho, teníamos una visión bastante completa de la aportación intelectual de don Julián, una celebridad en su época. Pudo ser ministro del gobierno de la nación y llegó a formar parte de dos embajadas a Marruecos de aquellos años.

Miembro de la Academia Española y de la de Historia, conoció a Ramón y Cajal, a Menéndez Pidal y a muchos otros

intelectuales del momento. Se había ganado con creces el derecho a dar su nombre a un centro educativo. Fue, sin duda, un gran historiador e investigador cultural, uno de los agitadores del panorama científico español del momento. Y no andamos sobrados de sabios en este país. ¿De verdad desertó de su responsabilidad para con las cuestiones coloniales en África? ¿Y tuvo una hija en Marruecos, él, un esposo intachable, una vida ejemplar para su época?

¿Es el tipo de publicidad que nos interesa para relanzar la imagen del instituto?

¿Quién era realmente Julián Ribera?

Como en el famoso mito de Platón, no habíamos salido de la caverna, seguíamos dando vueltas en torno a sus huellas, lo que quedó escrito. Escribió y habló mucho sobre diversidad de temas y cuestiones, pero apenas dijo nada sobre él. Si por lo menos hubiese redactado sus memorias... Un hombre no es su currículum. Y aquel artículo no hacía sino llover sobre mojado, no habíamos llegado a la persona, no lo suficiente. ¿Cómo se llega a una persona? Aquel día entré en el instituto con ese pensamiento taladrando mi cabeza. Pero la historia es impredecible.

Cuando me dirigía a degustar las comidas de las familias de los alumnos, la vi. Yo era el siguiente en la cola para comprar mis tiques y la observé en la mesa del extremo, muy cerca. Una simple vasija de barro con una decoración que incluía reticulados y rombos monocromos, además de unos dameros y óculos en el zócalo de la base. Una de las madres del AMPA estaba ofreciendo los dulces que contenía. Portaba un discreto y elegante *hiyab*, que cubría su pelo y enmarcaba su rostro y sus ojos apaisados me miraron directamente cuando llegué a su altura, con el tique en la mano. Me fijé en que tenía el semblante serio, los ojos enrojecidos y las mejillas húmedas.

-Son dulces rifeños- me dijo-, los he hecho esta mañana. Tú eres Carlos, el profesor de historia, ¿verdad? - entonces la reconocí, se llamaba Halima y era la madre de Salma, una alumna de tercero de ESO. La tuve el curso anterior.

-Sí. Dame dos, por favor, tienen muy buena pinta- me fijé que llevaba *Henna* en sus manos y muñecas, unos dibujos serpentiformes y perlados que descendían hasta el antebrazo, parecían la prolongación de las mangas de su vestido.

Es una mujer muy bella, como su hija.

- ¿Te ocurre algo? - le dije sin mencionar que parecía haber llorado y observando las bolsas oscuras debajo de sus ojos- bajó la mirada y no contestó mi pregunta, de modo que cambié de tema-, ¿esta vasija es tuya?

-No solo es mía, la he hecho yo- contestó sin dejar su tarea y volviendo a levantar la mirada.

Tuve una intuición y al escucharla saqué mi móvil y le enseñé una imagen. Ese simple gesto desencadenaría muchas cosas, como el aleteo de una mariposa en Japón. Con mi dedo le indiqué el lugar de la fotografía que debía observar. Una especie de ánfora de barro. Se encontraba en un rincón de la terraza de verano del huerto del arabista, en un segundo plano de una de las fotos en blanco y negro que teníamos. Aparecía don Julián jugando una partida de cartas con amigos y familiares, su inseparable Miguel Asín entre ellos.

No tenía nada de especial, salvo que en el ánfora de la foto aparecían los mismos dibujos que en la vasija de la madre de Salma. ¿Casualidad? Y algo más, había visto recipientes con decoraciones similares en otras imágenes de Julián Ribera, en la terraza de invierno, en el comedor y en otras dependencias del huerto. Los mismos trazos en damero, los dibujos oculados, los rombos, etc. Vasijas sencillas decoradas con un solo color o con dos como mucho, que pasan desapercibidas en un primer vistazo. Pero por una vez, el bosque no había impedido ver el árbol.

- ¿De quién es? - me preguntó. Me aparté a un lado para que pudiera seguir suministrando el rico contenido de su vasija mientras le contestaba.

-El hombre de la imagen es Julián Ribera, el que le da nombre a nuestro instituto.

-Está bastante mayor.

-Sí, aquí tendrá más de setenta, no falta mucho para su muerte. La fotografía tiene casi un siglo. Es el huerto donde pasaba parte de su tiempo, sobre todo cuando se jubiló.

-Lo sé, y a él no lo he reconocido en la fotografía porque en las que yo he visto está más joven- esta vez me quedé más quieto que en el instante anterior, como una estatua de sal en medio del bullicio. ¿La madre de mi alumna había visto más fotos del arabista? Lo atribuí a que la campaña de difusión del personaje estaba teniendo más éxito del que pensábamos-. El recipiente no es de aquí- me aseguró.

- ¿Cómo? - fue lo único que acerté a decir. Un prodigio de síntesis por mi parte.

-Es de mi país, la vasija de la foto es de mi tierra, supongo que se la llevó cuando estuvo allí.

- ¡Vaya!, ¿sabías que Julián Ribera estuvo en Marruecos?

-Claro- lo que dijo a continuación pareció una confidencia-, mi bisabuela lo conoció. Supongo que la vasija se la hicieron ellas- tuve la sensación de que se ruborizaba, de que se arrepentía de haber dicho eso, las palabras habían salido de su boca sin su permiso.

- ¿Tu bisabuela lo conoció? ¿Ellas?

No pudimos seguir hablando, la parada estaba llena y la madre de Salma, como los demás, tenía que atender a la multitud de alumnos y profesores que deseaba probar aquellas perlas gastronómicas. Con un gesto le hice ver que habíamos dejado la conversación inacabada, pero que tenía la intención de continuarla en cuanto fuera posible. Ella me ignoró y siguió a lo suyo. Recordé que alguien me había dicho semanas antes que siempre hay que ir tras la letra pequeña, la que importa. Quizá aquí había algo, una corazonada me hizo olvidar por un instante al profesor universitario de marras. Seguía en la ignorancia del modo *a priori*, pero mi intuición me decía que era vital volver a hablar con esa mujer. Se lo voy a decir a Ariadna, pensé, Salma es alumna suya este año. Aquella decisión desencadenó muchas cosas.

¿Por qué había estado llorando Halima?

Hacía dos semanas de ese encuentro. Mario era un fichaje de Ariadna, el conductor del Land Rover es un abogado de cincuenta y dos años que apenas ejerce. Su mujer tiene una tienda de artículos de artesanía en el corazón comercial de Valencia y su marido comenzó a realizar viajes a Marruecos en busca de género, especialmente estanterías de hierro del Rif. Al principio era una actividad esporádica, Mario iba en los descansos de su vida profesional. Pronto cambiaron las tornas y fue abandonando los juicios y los SMACs por el desierto y el Atlas.

Mi colega oyó hablar de él en una comida familiar del otoño anterior a la pandemia. El padre de Ariadna, también letrado, mencionó su nombre en los postres.

-Conozco a un abogado trotamundos que organiza viajes al norte de África, hoy me lo he cruzado y nos hemos hecho un café. Acaba de volver de allí, dice que ha recorrido las *kashbas* del este de Marruecos con un grupo de viajeros, todos tan majaras como él. Está loco, ¿os lo podéis creer?, una noche durmieron encima de los Land Rovers porque era una zona con muchos escorpiones y otro día, al llegar al desierto, uno de los clientes casi se le mata al caer desde el camello- lo dijo y miró a su hija. Ya era tarde.

Se arrepintió del inocente comentario al minuto de haberlo hecho. Conocía bien a Ariadna y su atracción por aquel tipo de aventuras. Ella no dijo nada durante los postres y solo le preguntó una cosa a su padre al acabar la comida. El teléfono de Mario. La Navidad siguiente compartía duna y mantel con varios desconocidos tan aventureros como ella. Atravesaron las Gargantas del Todra, entraron en la mítica Zagora y llegaron a Marraquech, donde conocieron a los encantadores de serpientes de la plaza Yamaa l-Fna.

-No soporto vivir encerrado en despachos y juzgados. Cuando probé la vida nómada, no tuve dudas. Había nacido en el lugar erróneo- nos dijo a la salida de Carcaixent y ya no paró de hablar hasta Alicante. El motor del vehículo hacía un ruido que no presagiaba nada bueno, daba la impresión

de que podía desmontarse en cualquier momento. Mario nos miró por el retrovisor, sonrió e intentó tranquilizarnos, parecía que leía el pensamiento-. Os acostumbraréis, es un motor viejo pero sabio. No os diré los kilómetros que lleva recorridos, pero sí garantizo que no nos dejará tirados. No antes de llegar al Rif, su casa- y se rió haciendo temblar el cigarrillo en su boca. Fumaba compulsivamente.

Tomamos la autopista y recorrimos de un tirón el trayecto hasta Granada, dejando atrás sucesivamente Alicante, Murcia y Lorca. Solo nos detuvimos para cargar vino de Jumilla en un bar de carretera próximo a la autovía, que Mario conocía muy bien. Era una parada habitual en sus viajes a Marruecos.

-Es tan importante como la gasolina- nos dijo. Y se tomó un cubata mientras nosotros pedíamos un bocadillo. Empezamos a darnos cuenta de que comía como un pajarito y en cambio fumaba y bebía como un cosaco. Sin embargo, su cuerpo enjuto y reseco ocultaba una vitalidad desbordante. Siguió contando anécdotas de sus viajes cuando retomó la conducción.

Salvador era el copiloto y desde el primer momento se dieron cuenta de que compartían una pasión, el desierto. Horas más tarde era evidente que tenían algo más en común, hablar por los codos. Nos ofrecimos a compartir el esfuerzo del trayecto, pero en eso era irreductible, nadie conduce su Land Rover.

-Este coche es como el camello, un bereber nunca lo comparte. Los árabes sí, pero ellos son otra historia.

Málaga y Marbella pasaron junto a nosotros como un suspiro y al caer la tarde ya estábamos haciendo la cola para subir en el ferry en Algeciras. Una vez en el barco, me quedé con Ariadna conversando en cubierta mientras abandonábamos Europa y nos dirigíamos a África. Mario se fue con Salvador a la cafetería, él se tomó otro cubata y nuestro conductor de camellos le contó historias de la Marcha Verde, uno de sus temas favoritos. Halima buscó un lugar discreto para realizar su oración, le bastaba cualquier recoveco solitario y una esterilla

para hacerla, sabía perfectamente hacia qué dirección post-  
trarse. Es una mujer profundamente religiosa y celosa de su  
intimidad, apenas había dicho nada durante el trayecto des-  
de Carcaixent y así sería durante la mayor parte del tiempo,  
se lleva bien con el silencio.

Ariadna había organizado aquel viaje, suya fue la idea y  
ella se encargó de contactar con Mario. “Tengo un amigo  
que se marcha a Marruecos el próximo sábado, dice que  
Xauen le pilla de paso y nos lleva si repartimos gastos, ¿tie-  
nes el pasaporte en regla? Halima tiene problemas en casa,  
su hermano sigue desaparecido y se viene y Salvador no  
tiene nada mejor que hacer. ¿No te apetece visitar el lugar  
donde estuvo el arabista en su misterioso tercer viaje? ¿Y si  
descubrimos el misterio de la hija mora de Julián Ribera?”.  
La excusa fue nuestro proyecto. Le dije que estaba loca pero  
sus argumentos eran de peso: “¿Me vas a decir que tienes un  
plan mejor para este puente? ¿Un romántico paseo en barca  
con vino y polvo incluidos por la Albufera con un pibón del  
Náutico de Valencia tal vez? Seguro que te esperan treinta  
horas seguidas de aburridas series de Netflix donde nadie  
se enrolla con nadie”. No tuve opción y a ella no la puedo  
engañar, mi vida fuera del aula es la de un muermo vocacio-  
nal, Ariadna siempre me lo echa en cara.

Cuando conocí a mi colega en septiembre, a principio de  
curso, nuestra presentación prefiguró en gran medida la  
que sería nuestra relación a partir de ese momento. Es cu-  
riosa la importancia de los comienzos.

-Hola- estábamos solos en la sala de profesores, coincidía-  
mos en la misma guardia y se acercó al segundo de entrar-  
soy la nueva de latín y griego, me llamo Ariadna.

-Encantado- dos besos y le contesté-. Yo soy el veterano  
de Historia y me llamo Heródoto.

Esa ocurrente broma por mi parte lo marcó todo.

- ¡Venga ya! - no había colado.

-Vale, mi nombre es Carlos, pero después de decirme que te  
llamas Ariadna y eres profe de griego, quise estar a la altura- su



sonrisa franca y enorme dejó claro que seríamos buenos colegas. Y de paso hizo suyo el apodo. Me convertí en Heródoto.

Luego las circunstancias nos empujaron a colaborar y a compartir horas que fueron creando la complicidad que, a esas alturas, estaba fuera de toda duda. El departamento de Clásicas le había dejado a la nueva el proyecto interdisciplinar de primero de ESO y el socio de Historia era yo, que lo había asumido para evitarme unas horas de atención educativa que no me apetecían nada. Lo cogí por descarte y acabó siendo mi obsesión del curso. Siempre tengo alguna. Por alguna razón que desconozco, don Julián Ribera me ha enganchado y los artículos del profesor universitario en su contra me producen una gran desazón.

-Estamos como una cabra, Ariadna, ¿qué hacemos aquí?- nos encontrábamos en la cubierta de estribor del barco, disfrutando del espectáculo del crepúsculo.

En ese instante el Sol desaparecía del horizonte dejando unos rastros sanguíneos y violáceos en el cielo y un viento atlántico racheado nos despeinaba sin misericordia. Mi pelo corto no daba problemas, pero la cabellera oscura de Ariadna se empeñaba en enredarse en su cara con una terquedad de chiquillo malcriado.

-Una amiga mía dice que el síntoma inequívoco de que ya no eres joven es cuando no haces nada que no esté en tu agenda- su frase sonó a justificación de aquel viaje. Yo no se la había pedido. Al contrario, tenía tanta curiosidad como ella, solo que me cuesta mucho más improvisar y tomar decisiones al vuelo-, además, al arabista los viajes a Marruecos le cambiaron, algo vio allí que le impactó.

-Lo que sea que viera ya no está.

-Cuando te pones en modo cenizo eres inaguantable, no sé por qué te he incluido en mi equipo- los dos nos reímos por la ocurrencia de Ariadna. El día antes de la partida había creado el grupo de wasap “los arabistas” con los integrantes del viaje. La miré a los ojos mientras unas gotas nos salpicaban la cara.

-Estoy recordando el momento en el que decidí estudiar Historia- lo dije como un pensamiento en voz alta, sin más pretensiones. No había calculado las consecuencias.

- ¿Qué te dijeron tus padres? Seguro que eras un empollón y apuesto a que les distes una alegría. ¿Qué padre no preferiría un hijo historiador a un notario o a un alto ejecutivo de una multinacional? ¡No hay color!

-Eso se lee, no se estudia, me dijeron. Es lo que piensa la mayoría de la gente. Creo que coincidirían con Pere, "*no aprofita per a res, només per a que alguns amics meus tinguin treball*"- Pere es mi compañero de Física y esa es la frase con la que me recibe cada mañana cuando entramos en el instituto. Lo solté desde dentro y mantuve la mirada perdida en ese estrecho que separa dos continentes.

- ¿Por qué la elegiste?

-Me gusta, ese fue el motivo. No tengo otro. Creo que forma parte de mi obsesión, necesito entender lo que sucede, lo que me sucede- bajé la mirada al decirlo.

-Tal vez estás demasiado en el pasado y puedes perderte lo que pasa en el ahora- sin pretenderlo, o tal vez sí, Ariadna había lanzado un dardo certero en la línea de flotación de mi autoestima. Ya comenzaba a arrepentirme de mi comentario.

- ¿Y me lo dice una profesora que enseña lenguas que no se hablan desde hace milenios?- lo dije con una brusquedad que nos sorprendió a ambos.

-Yo no las uso para entender lo que nos pasa- el gesto y la mirada eran un espejo de su enojo-, y mucho menos para huir del presente. El latín y el griego son divertidos y estimulan el intelecto, lo dicen muchos estudios.

-Vale, no te enfades- y añadí con una sonrisa reconciliadora-, yo casi suspendí el selectivo por su culpa, pero ya se lo he perdonado. Decidí la carrera, pero no la profesión, entonces no sabía que mi destino sería dar clase. Por suerte, luego descubrí que me gustaba ser profesor. Antes me encantaba.

- ¿Ya no te mola tanto?

-No es eso, me sigue gustando el aula- me quedé callado mirando la costa africana, cada vez más cercana. Las lomas del Rif comenzaban a enseñorearse del escenario. ¿Qué pasa entonces?, me preguntó Ariadna con la mirada, y tardé en contestar-. A veces me parece que he perdido el norte, me cuesta creer en lo que le digo a mis alumnos. Ya no sé si vamos a mejor, me he pasado media vida intentando convencerles de que existe una conciencia universal que mejora, que la historia avala que los derechos y los valores se abren paso en medio de todo el sufrimiento de las guerras y las revoluciones, pero de un tiempo a esta parte...- aspiré la brisa del Atlántico, miré a los ojos de mi compañera y seguí-, mis palabras me suenan postizas, mensajes buenistas, las sigo diciendo, pero no sé si me las creo. Y luego está lo de la diversidad, con tanta inclusión cada vez es más difícil dar clase.

-No te quejes, la diversidad es vida- hice un mohín de resignación.

-Cuando veo el telediario, dudo de todo. ¿Y tú? ¿Cómo estás? - decidí devolver la pelota a su campo, tomarme un respiro.

-Bien, tirando, suelo mirar al frente. También me gusta el aula, pero no le pido tanto a mi trabajo, no pretendo redimir a mis alumnos, ni a nadie, me basta con que no se aburran y les parezca interesante lo que les cuento. No quiero salvar el mundo, pero por lo menos me gustaría pensar que contribuyo a que sea un lugar más divertido. Un novio que tuve lo llama el micro bien.

- ¿Qué se supone que es eso? - mi tono no fue amable.

-Mirar a tu alrededor y dejar las grandes causas para otros. Mejorar lo que te rodea, disfrutar las pequeñas cosas y querer a los prójimos, lo demás no está a tu alcance- dejó la mirada diluirse en el mar y continuó-. Y el telediario, ¿por qué lo ves?, ¿de verdad piensas que va de lo que pasa en el mundo? Si así fuera estaríamos jodidos, muy jodidos. La gente no es tan mala, solo está desorientada.

Los flecos de una ola rebotaron en el fuselaje del barco y nos obligaron a retroceder por un instante. Gotas de sal resbalaban por las mejillas de Ariadna y el viento ceñía su blusa blanca dejando entrever un sujetador negro breve y altanero.

- ¿Sabes cuál fue el momento en el que me di cuenta de qué iba mi carrera? - contesté yo mismo mi pregunta-. En cuarto. Ese curso participé en una obra de teatro cuyo guión lo redactó un compañero, se llamaba “EL Pacto de Munich”. ¿Conoces el pasaje histórico?

-Más o menos. ¿Te refieres a cuando Europa se bajó los pantalones ante Hitler?

-Se puede decir así. En mil novecientos treinta y ocho, el Reino Unido y Francia decidieron ceder y le permitieron a Hitler anexionarse los Sudetes para no provocar un conflicto. La idea era darle al monstruo lo que pedía, confiando en que tendría bastante. Ya sabes lo demás, no fue suficiente, los nazis invadieron el resto de Checoslovaquia, luego Polonia y no se pudo evitar la Segunda Guerra Mundial de todos modos. Eso dicen los libros de historia.

- ¿Y no es cierto? ¿Me engañaron en el instituto?

-Mi personaje era Chamberlain, el primer ministro británico. La historia lo recuerda bajo el prisma de Churchill, uno de los héroes de la guerra. Le llamó cobarde, eso fue lo más suave que le dijo.

-Ahora me dirás que no lo fue- lo dijo con las manos en su cintura y un gesto con la boca que utiliza cuando un alumno se hace el listillo en clase.

-Las cosas no son tan fáciles. Preparé a fondo mi papel y estudié al hombre, y cuando escuché su propia voz, leí sus diarios y sus memorias, entendí que tal vez hizo lo más sensato que podía hacer. Retrasó la guerra un año y esto permitió a la aviación inglesa prepararse para lo que se le venía encima. Pero hay más, sus compatriotas no querían otra guerra y él tampoco, aún eran visibles los rescoldos de la anterior. Creo que en su fuero interno estaba convencido

de que Hitler era un monstruo en el que no se podía confiar, pero al mismo tiempo pensó que si había una mínima oportunidad de evitar el conflicto, apostaría por ello.

-Lo cierto es que fracasó. Hubo guerra.

-Pero él no lo sabía.

- ¿Y entonces comprendiste de qué iba tu carrera?

-Entonces entendí que los personajes de los libros de historia son personas y como yo, dudan, se equivocan, sueñan, ambicionan y se constipan. Tienen aficiones, les huele el aliento, pueden sentir celos, y miedo, y, al igual que los africanos que vienen en pateras o escalan la valla de Melilla, tienen sus motivos. Cuando juzgas la historia, siempre lo haces *a posteriori*, pero la vida nos exige decidir *a priori*, no tenemos las respuestas, ni las conclusiones, ni los resultados, solo las preguntas. La letra pequeña, Ariadna, eso nos acerca a la verdad- hablé como lo hago en el aula, con la suficiencia y la palabrería de los veteranos, un bagaje forjado en cientos de clases, un torrente de buenas palabras, pero con más dudas que certezas.

-Te ha quedado muy bien el discursito, Heródoto, pero los que pagamos las consecuencias de sus decisiones somos los peatones, como diría Salvador- iba a replicar, pero en ese momento oímos la voz del jefe. El barco estaba entrando en el puerto de Ceuta.

-Venga nenas, subimos a los camellos. Estamos en África. Ya descansaremos a los noventa- el bramido de Mario cortó la conversación, era otra de sus frases favoritas.

## Otros títulos de la colección

**Blablablismes, impostures i altres koales**

Llúcia Macià

**L'any del devorador**

Emili Piera

**El club dels homes amb bigoti**

Ramon Pardina

**La societat benestant. Quinze històries al descobert**

Robert Cortell

**Kim Jong-Un. Estimat diari**

Oriol Jara

**Un mort al palau**

Emili Piera i Tonino Guitián

**Universos**

David Oliver

**Relats Modernistes**

Diversos autors

**El diari de la plaga**

Emili Piera

**Hotel Continental**

Abelardo Muñoz

**Los zapatos de Jon Märtn**

Xavier Lauder

**Arròs a la cubana**

Vicent Sanxis i Aida Lastras

Dos profesores del instituto Arabista Ribera de Carcaixent, la madre bereber de una alumna, un descendiente del erudito y un enamorado del desierto parten hacia Marruecos un sábado veintinueve de abril de dos mil veintitrés, cuarto año de la era COVID. Su destino: Xauen. Allí pueden descubrir secretos sobre Julián Ribera que nadie conoce.

En 1894 el arabista también estuvo en África, en Marrakech, en una embajada para firmar la paz con el sultán. Esa experiencia cambió su vida. ¿Es posible que dejara escrito un relato de ese viaje? ¿Qué es lo que queda de una persona cuando han desaparecido todos los que la han conocido? Él, como nosotros, llevaba en las alforjas más preguntas que certezas.

¿Qué vinculación existe entre un instituto y un erudito?

¿Para qué sirve la historia?

¿Quién fue Julián Ribera?

Las respuestas están en el sur, donde viven los otros.

*Co*

**Colección Ciudad oculta**

ISBN 978-841278349-0



9

788412

783490